

Cuentas y cuentos.

Por Irene Vasco



escuela virtual
.....
HISTORIAS EN
YO MAYOR
.....

Cuentas y cuentos

Por Irene Vasco*

Durante los meses de encierro, las cuentas y los cuentos se multiplicaron.

Contábamos los días de cuarentena, las horas de salir con tapabocas, los números de caídos del día, las edades para acceder a las vacunas, la cantidad de estornudos, las fechas para conseguir a los beneficios, los establecimientos que ofrecían domicilios. Todo se contabilizaba.

También se contaba, no con números sino con palabras. No con estadísticas, sino con relatos que unían a las familias, que les hacían recordar que la vida seguía a pesar de la zozobra del momento. Las plataformas y los programas para conectarnos con el resto de encerrados se reprodujeron. Fue como un estallido de ventanas que se abrieron cuando las puertas se clausuraron. Las palabras iban y venían, todos necesitábamos contar.

En medio de estas cuentas, la **Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor** se convirtió en un refugio para adultos mayores con avidez por transmitir y por dejar legados para las siguientes generaciones, con afán por encontrar interlocutores y con prisa para expresar sus emociones.

Comencemos con las cuentas. La tercera versión de este programa produjo un libro de 7 capítulos, producto de 7 semanas de talleres. Hubo una franja llamada Club de Lectura, a la que asistieron 4.725 personas y al programa de escritura se inscribieron 400 personas mayores de 97 municipios de 18 departamentos de Colombia, con algunos invitados de países vecinos. Se produjeron cerca de 600 textos, debidamente depurados, para llegar a la selección de los 77 que hacen parte de este volumen:

¡Tercer Heptamerón - Memorias de una cuarentena creativa!

Después de las cuentas, vienen los cuentos, fruto de los talleres. Cuentos urgentes, agudos, vehementes, que, mucho más allá de las cifras, son memorias, a modo de álbumes de fotografías transmutadas en palabras, que dan cuenta de voces propias, cada una con su acento y su riqueza individual.

Todos somos historias. Todos queremos narrar nuestras historias. A veces, tenemos un auditorio, con frecuencia familiar, que nos escucha. Otras veces son nuestras voces interiores las que establecen los diálogos. De una u otra manera, ahí están las reminiscencias que a menudo necesitan convertirse en relatos escritos, en narraciones que vayan más allá y que alcancen a públicos desconocidos. Las historias piden a gritos salir de los universos imaginarios personales y convertirse en literatura, para establecer conexiones con los demás.

Los talleres de **Historias de Yo Mayor** fueron poderosos detonantes. El retorno a la infancia se convirtió en el recurso para iniciar recorridos y relatos. Acercuémonos a una de las tantas voces que acompañaron el proceso, la de Daniel Alfredo Franco (72 años):

A mí me encantaba ir a la escuela. Muchas veces discutía con mi mamá por querer ir a la escuela, estando yo enfermo. Me gustaban los paseos que el profesor Alvarado organizaba con los estudiantes, en los que visitábamos fincas cercanas cuyos dueños eran amigos del profesor y allí pasábamos contemplando la naturaleza. Con los alimentos que cada uno llevaba, se preparaba el almuerzo. Al final de la tarde regresábamos al pueblo por un camino que bordeaba el cauce del brazo del río Magdalena, contemplando los caimanes y babillas que tomaban el sol en las playas que se formaban cuando el río disminuía su caudal.

Gracias a los testimonios recogidos en el **Tercer Heptamerón**, los lectores paseamos por hechos históricos. María Eugenia Beltrán (70 años), por ejemplo, narró con profusión de detalles cómo se fundó el municipio de Calarcá.

Mi familia es, por parte de padres, calarqueña, cuyos padres vinieron a principios del siglo XX desde Cundinamarca. Fueron de los primeros pobladores. El abuelo Beltrán venía de Fusagasugá

y la abuela Sabogal, de Fómez. Los primeros comerciantes de sal, en sus recuas, llevaron y trajeron mercancías y alimentos. Los de la abuela eran ganaderos, así que unos se establecieron en el pueblo recién fundado y tuvieron una fonda, tienda en la cual se conseguían todos los elementos necesarios para la vida de entonces. Los otros se compraron mejoras rurales y se establecieron donde hoy se conoce como el paraje turístico de Colombia.

Este relato abre la puerta a otros acontecimientos recientes de Colombia. Poco o nada sabemos de este vasto país. Por esto, con seguridad, este retrato que pinta con palabras María Eugenia provocará en los lectores tanta curiosidad por saber más como me causó a mí.

Narrar oralmente hace parte de nuestra naturaleza humana, está inscrito en el ADN y simplemente se cuenta por instinto. Escribir es otra cosa, es un ejercicio aprendido, ejercitado, que requiere que los códigos se conozcan y se utilicen formalmente.

A la hora de escribir, evocamos, transformamos realidades, nos adueñamos de fantasías lejanas, incorporamos nuestras lecturas, nos proyectamos a nuevos símbolos, buscando lectores, quienes, a su vez, se adueñarán de nuestras palabras y las transformarán según lo que cada quien lleve dentro.

Todo esto parece fácil cuando se enuncia. Las dificultades para llevar a cabo los deseos de escribir, comunicarse y trascender vienen después. No basta el deseo. ¿Por dónde empezar? ¿Qué tonalidad es la adecuada? ¿A quién me dirijo? ¿Qué privilegio y qué descarto para no perder el hilo y la tensión? ¿A quién le puede interesar lo que tengo para decir?

¡Tantas preguntas sin respuesta! ¡La página en blanco produce terror!

Gracias a los talleres de **Historias en Yo Mayor**, escritoras valientes como Luz Marina Olarte (65 años) se enfrentaron y contaron historias que producen más miedo todavía que la hoja en limpio que tanto asusta.

En una tarde, como a eso de las 6 p.m., ya estaba oscureciendo y nosotros estábamos disfrutando de nuestros acostumbrados y divertidos juegos; de pronto llegó un carro. Era extraño verlo en nuestra cuadra, todos nos fuimos acercando al misterioso vehículo que se parqueaba a

un costado del frente de la casa de la vecina Rosita. De allí descendieron unos hombres vestidos con sombreros y trajes como campesinos, abrieron las puertas del vehículo, un campero de color verde manzana que era usado por los señores esmeralderos, pero nosotros en nuestra inocencia no lo sabíamos. Abrieron las puertas de atrás y sacaron un bulto envuelto en sábanas blancas, donde se evidenciaba un cadáver; estaba amarrado como la imagen de Lázaro. Atravesaron la calle y lo entraron a la casa, lo depositaron en el piso sobre una estera. Recuerdo que la sala se veía vacía, como si estuviera preparada para recibir a su dueño. Después de un corto tiempo, el carro arrancó, cogió una pequeña curva y desapareció ante las miradas sorprendidas de todos los que estábamos jugando.

El miedo, el desafío

El miedo se mitiga colectivamente, participando en talleres de escritura.

Así como los terrores a los espantos se atenúan cuando nos reunimos alrededor del narrador que transmite las tradiciones y nos guarecemos los unos a los otros transformando colectivamente los temores en risa; de la misma forma, cuando hacemos parte de un equipo de trabajo que desencadena interrogantes, que lee, escribe, relee, comenta sin juicios y con ánimo de florecer, nos sentimos capaces de escribir. Llenamos cuartillas y ponemos las palabras, una junto a la otra, con nuestras historias. ¡Por fin, gracias a esa terapia grupal, nos convertimos en escritores y cumplimos ese evasivo sueño guardado durante años!

Sin embargo, no se trata solo de escribir. Reitero, todos somos historia. Los mayores, tenemos la responsabilidad de entregarla a los que vienen detrás. Por ello, la *Fundación Fahrenheit 451* y la *Fundación Saldarriaga y Concha* convocaron a personas mayores, con el convencimiento de que la transmisión de la memoria es una necesidad. Acompañaron a cada uno de los participantes para que las memorias se fueran desgranando en una serie de tópicos propuestos semana tras semana.

En una secuencia de recuerdos entrañables, surgieron los textos de cada sesión. Partieron de los lugares familiares. En un viaje por el tiempo, los escritores se arriesgaron en el difícil territorio de los amores que entrelazaron luego con las travesuras de infancia. La imaginación apareció en seguida, con las

leyendas y los rituales propios de cada región. Los afectos a las mascotas no podían quedar por fuera, así como los viajes reales o deseados, expresados con amenos detalles.

Los temas iniciales eran los mismos. Las voces eran diversas. Cada participante partía de la premisa del taller y tomaba su camino personal. La riqueza de acentos regionales, de usos y costumbres lingüísticas; la poesía, el humor o el dramatismo del relato; las descripciones, las críticas agudas, las emociones intensas, los recorridos favoritos, se dejaron sentir bajo múltiples figuras.

Cuando hay multiplicidad de voces y de aproximaciones a la escritura, algunas se escapan del territorio común e inician búsquedas interiores a sus conflictos existenciales, como las de Luisa López, quien aprovechó el ejercicio de acercarse a una historia de espantos, para exponerse a sí misma:

Desesperada como estaba se me ocurrió hacer un examen a mi vida, ¿esto sería una señal? ¿Tendría al frente mi futuro? ¿Sería yo una pecadora como todos aquellos enterrados despidiendo azufre y me condenaría también a penar eternamente en el infierno? De pronto, el silencio dejó de ser mi compañero y escuché un sonido chirriante que me aterrorizó, venía de todas partes, agudo y ensordecedor. Aturdida como estaba, no sabía hacia dónde ir, el miedo me impedía actuar con lógica y, para empeorar, la situación estaba paralizada, no podía moverme, no me atrevía a gritar pidiendo ayuda. Sentí que iba a morir ahí, no tendría oportunidad de corregir mis errores, estaba en las puertas del infierno y me iría a acompañar a los muertos que me rodeaban.

En este **Tercer Heptamerón** encontramos crónicas rurales y urbanas, narradas con naturalidad y calidez, que atrapan a los lectores y nos ponen a reconstruir los lugares, los personajes y las costumbres que añoramos. Vivimos en carne propia las migraciones, a veces con alegría y esperanza, a veces con el dolor de lo perdido. Asumimos como propias a las familias que se mueven en mapas regionales y revivimos las fiestas que nos hicieron sentir parte de una cultura nacional.

Las travesuras en la casa, en la escuela, en el barrio y en el pueblo, recreadas con gracia y nostalgia; los premios y los castigos, los compañeros y los maestros, las recetas y las canciones, se desgranán capítulo a capítulo, acercando a los lectores a los usos y lenguajes de diferentes regiones de Colombia. Los

mayores, llevados de la mano por los talleristas, nos dejan oír sus voces y nos entregan sus legados mientras se encuentran con la escritura.

Amores y desamores, con personas y con animales, hacen reír y llorar a quienes nos sumergimos en las páginas del **Tercer Heptamerón - Memorias de una cuarentena creativa**. Perros que hablan, gallos que atacan, conejos suculentos, gallinas confidentes, burros perezosos que se mueven entre el drama y el duelo como si de humanos se tratara. La realidad parece superar a la ficción en estos relatos del pasado.

Las puertas

La pandemia cerró puertas, ya lo sabemos. También abrió ventanas como la **Escuela Virtual de Historias en Yo Mayor**. Los cuentos eclipsaron las cuentas. Prevalció la necesidad humana de conectarse con los demás a través de las narraciones, retornando a las expresiones de infancia.

Esta ventana que se abre a la palabra escrita se transformará para muchos en la puerta que necesitaban para espantar sus miedos a la página en blanco, para calentar las manos y aventurarse en nuevas exploraciones, solos o acompañados de otros talleres, para florecer como autores a través de cuentos de ficción, novelas, poemas o, por qué no, libros científicos o informativos.

Los autores podrán contarnos historias de sus barrios de manera tan afectuosa, como Betsabé García Meneses de Barros, quien se inició con una corta crónica, pero que podrá seguir revelando los secretos de uno de los lugares icónicos de Bogotá más adelante.

La señora Carmen Meneses de García, mi madre, una luchadora en todos los aspectos. Desde muy joven, ella trabajaba en la cervecería de Bavaria; Germania era la fábrica en donde se producían los envases. Por los años 1920, aproximadamente, el señor Leo Kopp vendió a todos los empleados de Bavaria los terrenos ubicados entre la calle 33 y la calle 26, entre la carrera 5ta y los cerros de Monserrate, y allí se fundó el barrio obrero. Mi madre fue una de las fundadoras. Años después se cambió el nombre a como es conocido hoy en día: barrio La Perseverancia. El señor Kopp regaló el terreno para la Plaza de mercado y para la iglesia. Los obreros pertenecían al Círculo de Obreros del padre Campoamor, de ahí el nombre del barrio inicial.

Yo, y otros lectores de esta aventura literaria, el **Tercer Heptamerón - Memorias de una cuarentena creativa** no nos conformamos con este nuevo libro. Queremos más, necesitamos más, mucho más. ¿Cuándo aparecerá el cuarto volumen?

***Irene Vasco**

(Bogotá, Colombia,1952) escritora, traductora y formadora de lectores colombiana. Licenciada en Literatura. Ha publicado más de una treintena de libros para niños y jóvenes, algunos distinguidos con importantes premios.